

LA GUERRA

Contra el cierre del Vía de la Plata
Zamora

Diciembre 1999 - Enero 2000



AGC

Conferencias

On s'abonne aux Bureaux du Journal, 5, LEVARD DES ITALIEN

PRIX DE L'ABONNEMENT

17 fr. - 34 fr. - 72 fr.



Primera batalla. Diciembre 1999.

Voy a intentar que la discusión con vosotros se centre lo más posible en lo que a mí me parece realmente interesante. Si aquí se tratara de disputas económicas entre tales rutas y tales otras, las que favorecen el paso por determinadas localidades, es decir, todas aquellas disputas con las que todos los días nos entretienen los Medios de Formación de Masas, con la Televisión a la cabeza, si se tratara de eso, no habría venido aquí para nada. Los que están algo acostumbrados a tratar conmigo saben que apenas me quedan fuerzas ni interés, más que para buscar las maneras de meterme eficazmente contra el Régimen que nos ha tocado, y todo aquello que no vaya derecho a desnudar las mentiras del Régimen, la verdad es que ni me llama ni me interesa, ni pienso que a la gente deba llamarle tampoco.

Si se tratara de la sociedad zamorana, tampoco habría venido, no porque Zamora me importe un bledo, sino porque la cuestión pienso que es mucho más importante que eso. En todo caso, si a Zamora le toca, es porque da la casualidad de que el primero y más escandaloso de los cierres de vías férreas, hace 15 años, empezó por el cierre de esta línea por el tramo de Astorga-Palazuelo que se decía entonces, y suscitó aquí mismo, en Zamora, en Benavente, en Salamanca, en Zafra, en Llerena, suscitó levantamiento de mucha gente, que después, como suele suceder con las cosas, quedó apagado. Sólo por eso, porque Zamora podría ser, por qué no, el punto de arranque para un levantamiento, una rebelión contra una tiranía y un engaño mucho más general, que no le toca ni sólo a Zamora, ni sólo a España, sino a todos los países sometidos al Régimen.

De forma que, si estoy aquí, es porque esta cuestión del Vía de la Plata da una ocasión eximia, muy interesante para plantear en qué consiste uno de los más grandes, ya viejos, y sanguinarios errores, en el que el desarrollo del Régimen ha metido a los ciudadanos de todos estos países. Todo el mundo sabe que se trata sencillamente de una competencia entre medios de transporte útiles para la gente y unos medios de transporte inútiles para la gente, pero que de alguna manera mueven o han venido moviendo capital, no es más que eso. Para la discusión os propongo que no hay compatibilidad, que lo uno no es compatible con el otro.

De manera que aquellos de vosotros que hayáis venido aquí con esa especie de resignación de que lo que se nos ha echado encima, lo que se nos ha dado, era de algún modo fatal, que no podía ser de otra manera y que qué se le va a hacer, éstos desde luego poco podrán hacer y, para empezar a hacer, discutir ni conmigo ni con los demás. Quienes estéis todavía tan embebidos por la Fe que os imponen los Medios como para creer que eso del Automóvil es una cosa que puede tener sus ventajas y sus inconvenientes, incluso que lleguéis a la estupidez, que muchas veces ha resonado, de pensar que el ferrocarril para lo suyo, el Automóvil para lo suyo, y que está bien, unas veces carretera, otras veces vía férrea, unas veces vagones, otras veces autos entonces tampoco tenéis nada que hacer; los que todavía creéis estas cosas estáis simplemente vendidos ya de antemano, y por tanto incapaces para discutir de verdad y descubrir a fondo la falsedad de todo esto.

Esto es una guerra y es una guerra que tiene tanto interés para mí y para cualquiera porque justamente es una guerra que pone en juego esa noción de "utilidad" que en el cartel anunciador habéis visto empleada.

Nadie puede ya creer que el movimiento del Capital a la gente le hace de verdad bien, que de alguna manera la utilidad de la gente coincide con el florecimiento de la Banca, el desarrollo de los Puestos de Trabajo, la expansión económica por acá y por

allá y todos esos cuentos del Capital. Quien crea todavía que eso que llueve de Arriba, que esos beneficios económicos son un bien para la gente, está desengañado, no tiene nada que hacer. Por el contrario, lo que llamo utilidad para la gente es la utilidad que el sentido común dice que es utilidad, y esa utilidad no coincide de principio para nada con los intereses del Capital, que en el Estado del Bienestar es lo mismo que el Estado, Capital y Estado que han venido a confundirse en una misma cosa.

Ellos tienen sus intereses; a esos intereses someten a las poblaciones; a esos intereses hacen servir los Medios de Formación de Masas destinados al engaño y a la implantación de una fe y una resignación contra la que os estoy hablando; eso es lo que desde Arriba cae, y luego resulta que, a pesar de todo no se cómo todavía nos queda vivo un poco de sentido común que dice: "Pero si no era eso, si yo no había pedido eso, si yo lo que deseaba era otra cosa", es decir, se mantiene vivo un sentido de la utilidad. Es a esta guerra a la que os estoy animando, empezando por hacer que la primera batalla de esta guerra y cualquiera otra consista en la claridad, consista en renunciar a confusiones que por los órganos de formación de masas y desde Arriba se cultivan constantemente.

Si creéis que no tenemos derecho por acá abajo, la gente de Zamora o de cualquier sitio, si no tenemos derecho a poner en tela de juicio, en un lado los intereses del Estado-Capital y, en el otro lado, la utilidad pública común que el sentido común dice, si creéis que no tenemos derecho, estáis ya vencidos, en cierto modo; yo os propongo que siempre hay derecho y más que derecho a juzgar al Estado que nos domina y decir "Esos son tus intereses y luego hay otras utilidades y otros usos que no coinciden", enfrentar de esta manera un sentido común que queda por lo bajo siempre vivo con la imposición de las ideas y de la Fe desde Arriba. Os animo a que sintáis que siempre hay derecho a esto, por más avasallados que nos sintamos, por más invadidos todos los días, no sólo por los propios automóviles, sino por los propios Medios de Formación de Masas que los cultivan y desarrollan; por más que apenas os dejen un ratito que otro para vivir, sentir y pensar, a pesar de todo, siempre os lo dejan; nunca el imperio está cerrado del todo como Ellos se creen.

Es mentira que haya un Futuro: el Futuro es lo que Ellos venden: para Ellos. Es mentira que haya tal cosa como un futuro más que, como he dicho ya, en la idea de la dominación. Es mentira, y así el imperio nunca se cierra y así por lo bajo siempre nos queda un algo de sentido común que puede someter a juicio al propio imperio del Señor y mostrar qué es lo que está en contra de Él. Es a lo que aludo con lo de sentido común.

A lo mejor me estoy metiendo tanto con vosotros así en general, que a algunos los desanimó siquiera de intentar entrar en este juicio o lid, en esta guerra. Voy a aliviaros un poco las posibilidades, abrirlas un poco más.

Yo supongo que a la mayor parte os han metido un Auto alguna vez que otra; incluso a alguno de vosotros os han metido dos o tres, porque el progreso es el progreso y cada día hay que vender más, y ésa es la realidad del poder económico; eso, bueno puede haber sido una distracción por vuestra parte, una especie de pecado venial, muy comprensible, porque es lo que está mandado porque es lo que la moda manda; pero no pasa de ser eso, un pecado venial. El pecado mortal es siempre el pecado de la palabra; es decir, el hecho de que os hayan metido un Auto y que os hayan hecho comprar una plaza de garaje, y que os hayan hecho coger un chalecito al que sólo se puede ir en Auto, y que os hayan hecho comprar un Auto para la mujer y una moto para el niño, si simplemente se han limitado a meteros todo eso, toda esa basura, que es lo que ellos venden, pero si eso os compromete, si compromete la palabra, si eso, el haberos equivocado, el haber obedecido, os impide razonar, os obliga a reconocer:

"Bueno, qué se le va hacer, el Auto es el Auto, el Auto para lo suyo, el ferrocarril para lo suyo", si ese hecho, el que hayáis caído en ese ardid del comercio, sirve para cerraros la boca, no sólo cerraros la boca sino haceros repetir las estupideces que los Medios de Formación de Masas todos los días propagan por ahí, eso ya, utilizando este lenguaje arcaico de la Iglesia, es lo que yo llamo pecado mortal. El pecado mortal es el de la palabra, para impedir os actuar y, en primer lugar, hablad contra el Automóvil y a favor de los medios de transporte útiles.

Suelen por ahí acudir a una trampa que es la congruencia de la vida; es decir, os dicen que cada uno tiene que ser congruente, y claro, si no tiene un auto, un garaje o dos autos, entonces ¿cómo se atreve después a despotricar contra el Auto?. Fijaos en esta trampa; os piden que seáis congruentes; pues hay que saberse negar a eso; puñetera cosa me hace a mi falta ser congruente con nada; he metido la pata, me he cargado con un auto porque no veía otro remedio, no se me ocurría otra cosa mejor, pero no por eso voy a tragar, ni voy a repetir todas las estupideces que me mandan. Todo lo incongruente que haga falta, y todos los días y, si es preciso, cada vez más incongruente. Si a fuerza de sentir, de sentido común, acabáis por desprenderos del chisme, del chisme inútil, entonces miel sobre hojuelas; pero, por lo pronto y mientras no os desprendáis de él, manteneos libres capaces de dejar hablar al sentido común a través de vuestras bocas; porque para mí ésta es la primera acción política, la de hablar, la de hablar de verdad, la de razonar.

De manera que, ¿qué es lo que dice el sentido común? Bueno, ya habéis oído, con cifras muy bien venidas y con esquemas, algo de lo que el sentido común dice y que yo os voy a repetir. Os dice que hay medios de transporte útiles, que sirven para lo que dicen y que hay medios de transporte inútiles, que no sirven para lo que dicen, os lo dicen así con esa simplicidad.

La vía férrea y los vagones, lo mismo en los ferrocarriles internacionales, interprovinciales, urbanos, tranvías y metros, es un invento incomparable con nada, es una cosa que en el antiguo Régimen se le escapó al Señor y lo dejó pasar, y era un verdadero beneficio para la gente, no quita que en sus tiempos eso diera lugar a movimiento de capital y a explotación de muchos, pero a pesar de todo era un invento de veras, y nada puede compararse con eso. Los raíles de hierro montados sobre traviesas reposando sobre balasto y costituyendo, por tanto, una especie de vía prácticamente eterna, no tiene comparación absolutamente con nada. Nada más tenéis que contraponer a ello, del otro lado, del lado del interés del Capital, lo que son esas estupideces que cada dos o tres años llaman de una manera distinta... autoRuta, autoPista, autoVía, autoMierda, lo que sea, todas son lo mismo, todas son betún, residuos de la propia gasolina, betún recubriendo malamente unos tramos de vía que hay que están reparando al año siguiente de haberse construido porque además, naturalmente esos tramos no sólo tienen que soportar al automovilito personal, tienen que soportar los autobuses, y sobre todo los camionazos, los camionazos nocturnos de los que tú, Aliste, has dicho con benevolencia, que 40, yo pienso que más, podrían estar sustituidos por un solo tren; y claro eso destroza mucho, eso no destroza al ferrocarril, pero a las autovías de Dios, a esas sí que las destroza rápidamente, a toda marcha, lo que pasa entonces es que eso da más Puestos de Trabajo y entonces la propia reparación se convierte en una industria, y entonces cuanto más se destroce, más se repara, cuanto más se repare más se trabaja, cuanto más se trabaje más capital se mueve, este es en pocas palabras el infierno en el que vivís.

Éstos son los intereses del movimiento del Capital que estoy contraponiendo a la verdadera utilidad. Desde luego, el enemigo primero es el Automóvil Personal, es contra

él contra el que me tengo que detener un momento. Como sabéis, el Régimen que hoy padecemos, la democracia desarrollada se funda en este primer Artículo de la Fe infame, que es creer en el Individuo Personal, es decir, creer que cada uno sabe adónde va, qué quiere, qué hace, qué compra, sin esta fe no habría Democracias, ni padeceríamos lo que estamos padeciendo. El Régimen confía, porque todavía no se le ha contradicho bastante, confía en que la mayoría es idiota, es decir, que siempre va a comprar, siempre se le va a ocurrir querer lo que le mande que quiera, siempre va a comprar lo que le mande que compre, siempre va a decir que sí a lo que le pidan que sí; y luego basta pasar la Mayoría por todos y se acabó, ese es el proyecto tremebundo, el ideal del Régimen. Por eso el Régimen tiene ese interés sañudo en el Automóvil, porque el Auto Personal, el "popó" de papá es el símbolo mismo de este Régimen contra el que estoy hablando: es el símbolo mismo ese chisme, donde enlatado el bicho correspondiente, sabe adónde quiere ir y puede ir, cuando quiera y en la hora que quiera y en el momento y por las vías que le manden con los resultados que todos sabéis, por ejemplo en los atascos que por casualidad a la Mayoría se les ocurre querer siempre ir al mismo sitio y a las mismas horas, y por tanto, inutilizar por completo el pretesto que el Automóvil tenía.

Comparad con el ferrocarril de viajeros; como ya cuando los ferroviarios de Zafra y Llerena, hace 15 años, tuvieron allí la ocurrencia de nombrarme Presidente Honorario de una Coordinadora con la que empezó la lucha contra esto y que después se ha continuado, ahora con la Plataforma por el Ferrocarril, entre las muchas frases claras que surgieron, estaba ésta: "El Auto nos vuelve a todos chóferes y mecánicos, el ferrocarril nos vuelve libres y señores"; ésa es otra vez la contraposición entre el imperio del Dinero y del Trabajo. ¿Qué más divertido puedes tú querer, ciudadano, que ser un chófer de tu auto y un mecánico y cuidarte de él?: ¿vas a encontrar un juguete más divertido?, pues venga, hombre, márchate las manos de gasolina, y sigue tragando peste porque estoy seguro que eso es lo que te gusta, eso es lo que te gusta en el fondo de tu propia personalidad. En cambio eso de ser libre y señor, poder montar en tren, cruzar de un lado para otro, pasar un rato de la vida como un rato que otro cualquiera, pudiendo hacer en el viaje de todo lo que se le pueda ocurrir, eso... es placer de veras para la gente, con lo cual para el Poder no lo es. Fijaos que incluso en los tipos de trenes que el Poder prefiere y acaricia, trata de estropear la ventaja del vagón del ferrocarril aproximándolo lo más posible a ese encierro odioso del avión o de los autobuses hasta acabar metiéndote un vídeo y cerrándote la ventanilla. Hasta tal punto llega la mala intención, por supuesto incosciente, que viene desde Arriba y en contra de la verdadera utilidad.

Ésta es la cuestión: ¿qué es lo mejor, poder montarte en algo que te pasa por delante y dejarlo cuando llegues, o cargar toda la vida con un cacharro?. Y no les he hablado más que de viajeros y autos personales; por supuesto que los autos personales arrastran consigo todo lo demás: aparte de arrasar las grandes ciudades de tranvías, aparte de entorpecer el desarrollo de los ferrocarriles, después tienen que desarrollar los autobuses, autocares, camiones y todo lo que viene, tanto en las ciudades como fuera, a completar el estropicio del propio Auto Personal.

Fijaos en esta utilidad del tren de mercancías, que no sólo es que pueda, tan barato, tan rápido y tan sin incomodar a la gente transportar mucho más que cientos de camiones sino que además, como habéis oído, puede, si se hubiera hecho bien, puede ir a coger la mercancía a la puerta y llevarla hasta la puerta, porque todo eso estaba previsto.

Todavía cuando yo era pequeño, en la fábrica de harinas de San Isidro, allá, bajando hacia la Puerta de la Feria, a la izquierda, tenían su plataforma para coger al lado los vagones del ferrocarril y cargarlos de harina, de lo que fuera y llevarlos a la estación por sus vías. Imaginaros que este tipo de arreglos podían haberse desarrollado por todas partes, de la manera más barata y más económica.

Pues no, tienen que ser aviones, autobuses, autos, camionazos nocturnos y de esa manera tiene que hacerse vencer el interés del movimiento del Capital sobre lo que nada tiene que ver, que es el uso, el uso, la utilidad por parte de la gente. Por eso en los inicios os decía que si vosotros creéis que eso del Desarrollo, de la Banca de los Puestos de Trabajo, el ascenso en los niveles económicos y todo lo demás, acá abajo puede proporcionaros algún beneficio, estáis equivocados: lo que pueda haber de beneficio hay que pedirlo, conquistarlo desde aquí abajo, y siempre contra la imposición de los falsos intereses del Poder. El sentido común acaba siempre por vencer: los ideales de los Imperios, y los planes de Dinero caen, y el sentido común sigue su obra. Lástima que a veces tarde tanto.

Os invito finalmente, puesto que por aquí empezó uno de los desastres y de las pifias más tremebundas, con el cierre de la Vía de la Plata, por aquí puede empezar como por cualquier sitio, no sólo una lucha para forzar al Poder a volver a reabrir la Vía de la Plata, sino a través de ahí, empezando por ese punto, continuar cada vez con más ánimo, con más confianza en el sentido que aún nos queda, en esta guerra contra el Automóvil, y a favor de los medios de transporte de viajeros y mercancías ya inventados. Recuerdo finalmente, que esta guerra es ya viejísima, si no os he avergonzado bastante, con la cesión en que habéis podido caer de vez en cuando, a las ideas y a los intereses del Capital, os recordaré que hace casi un siglo, el sr. Ford tuvo la idea de empezar a fabricar autitos en serie, para que cada uno tuviera el suyo, y hace casi un siglo que llevamos aguantando un siglo, y a lo largo de ese siglo, la historia ha sido que la necesidad de desarrollo de los medios de transporte inútiles, entre otras cosas, han impedido que se siguieran desarrollando como se estaban desarrollando la vía férrea y los trenes de todo tipo. Han impedido incluso (fijaos bien; hasta más tarde de la Dictadura: cada vez peor) han impedido la cosa más elemental, que es el desarrollo de la doble vía, que se estaba desarrollando por todas partes y que quedó a medio desarrollar, y han impuesto cosas tan monstruosas como el cierre del ferrocarril Santander-Alicante, del que habéis acabado oír mención, han impedido el desarrollo de todas las cosas. De manera que, cuando reclaméis, no reclaméis por pifias como ésta que os han hecho aquí, con Zamora y con el Vía de la Plata; reclamad el que no se os ha dejado hacer todo lo que se podía hacer con el ferrocarril y con los medios de transporte útiles, en general. Esta es la guerra que quería presentaros, y por hoy me contentaré con eso.

Segunda batalla. Enero 2000.

Continuamos hoy, contando esta vez con la apreciable, descarnada aportación de José Ramón Montes que acabáis de oír. Continuamos de todas maneras esta guerra, que es aparentemente una guerra contra el cierre, por la reapertura, del Vía de la Plata, pero, como sabéis ya, es una guerra del Automóvil contra el ferrocarril, del ferrocarril contra el Automóvil, y más todavía: es una guerra de la gente contra el Dinero. Si no se entiende bien hasta que punto el Automóvil representa pura y simplemente el poder del Dinero, y el ferrocarril representa la utilidad de veras, no para el dinero, sino pa-

ra la gente, si esto no se entiende bien, desde luego no vamos a hacer mucho los que estamos aquí y los otros que acaben interesándose por esto. Para mí, el interés está desde luego en reconocer que es un punto clave éste de la oposición entre Automóvil y ferrocarril, dentro de esta política general del pueblo contra el Poder y por tanto de la utilidad para la gente, para el común contra las necesidades del movimiento del Capital y por tanto de las necesidades del Estado, que en el Régimen que hoy padecemos, como sabéis muy bien, está enteramente confundido con el Capital.

Cuando habéis visto en el título "ventajas", yo creo que los organizadores han puesto ventajas del ferrocarril sobre el automóvil, del tren sobre el automóvil, un poco por modestia o por no asustar, pero se puede decir mucho más que ventajas, se puede decir una verdadera oposición en el sentido que os acabo de enunciar. es una oposición entre la utilidad de veras y la necesidad de movimiento del Capital. Es mucho más que una ventaja.

Ya en la primera sesión, de fines del mes pasado de esta lucha, las ventajas que el sentido común reconoce sin más casi sin que se le diga, del ferrocarril y el tren sobre la carretera o autopista o autoloquesea y el automóvil se pusieron de relieve. Ahora me voy a limitar nada más a recordar tres puntos. Hablo otra vez a vuestro sentido común. Uno se refiere a la estructura: ya creo que tuvimos ocasión de hablar de lo incomparable, en este aspecto, entre los dos medios de transporte, de gente y de mercancías. En primer lugar, el invento del terraplén, el balasto, las traviesas y los raíles, que es una estructura, aparte de otras ventajas, prácticamente indestructible; basta con que una vagoneta de vez en cuando, como lo hacían antes algunos de los casilleros, se pasee para repasar, nada más. Es un verdadero invento, una cosa que no se les había ocurrido a los romanos, que ya es decir. Es decir que merecía la pena.

Contraoponed a eso, pues lo que conocéis, carreteras, autovías, autopistas, autoloquequeras llamar, autorruta (no sé cuántas maneras, pero desde luego siempre poniendo auto-) pero todo es lo mismo: es el camino, la calzada; es el retroceso a los tiempos por lo menos de las diligencias. Es una estructura que no vale para nada más que para tenerla que reparar todos los años y repararla apenas se está haciendo, es una cosa que, como se ve obligada a soportar, entre otras formas de transporte insensatas, las ristas de camionazos nocturnos, resulta que no puede durar nada, es decir, que apenas se ha hecho, se ha apisonado, y se ha recubierto con la capa de betún consiguiente, ya inmediatamente se está reparando.

Claro que, algunos dirán "Bueno se están creando Puestos de Trabajo". Si os dejáis engañar con este cuento de los Puestos de Trabajo, en esta ocasión como en otras, no estáis en esta guerra a la que os estoy invitando. Eso de los Puestos de Trabajo pertenece enteramente al Capital; se le quiere hacer tragar a la gente, pero pertenece al Capital.

Eso para la estructura del firme de transporte; luego, la ristra de vagones, la ristra enorme de vagones, capaz de transportar cualquier cosa a cualquier sitio y con la mayor rapidez, no tengo que encarecerlo más. Comparad con, por ejemplo, esa sucesión siniestra de camionazos nocturnos. Comparad con la torpeza y el atasco constante del tráfico urbano en el que se incluye los Autos Personales y luego, para rematar, los autobuses, que han sustituido a los tranvías asesinados hace unos 50 años, asesinados por el Señor, como siempre por el Poder... uno de los muchos asesinatos que nos tienen que mover aquí, para seguir con esta guerra, el de los tranvías. Comparad con todo lo demás: comparad con las caravanas consabidas de cualquier fin de semana para entrar en Madrid o cualquier conglomerado por el estilo como eso que siguen llamando Madrid. Comparad y ved que nada tiene que ver: vagones de mercancías, vago-

nes de viajeros, unos detrás de otros enganchados, yendo a cualquier parte sin molestar a nadie y a las velocidades que buenamente hagan falta, con posibilidad, además, de una cosa para mí muy importante, de mantener un ritmo. Los que muchas veces hemos hecho versos de lírica ferroviaria sabemos bien lo que importa esto. No sólo la ventanilla, que es algo también incomparable con las de los autobuses, no digamos la de los Autos Personales y con las cristalerías esas de los autocares de turismo que pretenden que se vea todo de una vez y que no dejan sin embargo ver nada; aparte de la ventanilla, el propio traqueteo más o menos acentuado, el ritmo; el ritmo es otro elemento verdaderamente de vida y de poesía al mismo tiempo y todo lo que queráis. No voy a seguir encareciendo más los elementos estructurales.

El segundo punto en el que me quiero detener, esta diferencia fundamental (y que si no lo veis, es que tenéis el sentido común demasiado recubierto por las ideas que se os han suministrado, como por desgracia suele mayoritariamente suceder; pero llamo a pesar de todo a vuestro sentido común), la diferencia entre un tramo de vida en el que sigáis viviendo, y muchas veces de una manera más interesante que cuando se está en casa o cuando se va por las calles (esto es lo que es un tren de viajeros, un tramo de vida, muchas veces de los más interesantes, en cuanto que se puede ir haciendo cualquier cosa, conociendo a gente, tratando con los prójimos y todo lo que se quiera inventar de tal forma que puede ser más interesante que tramos correspondientes, el tránsito por las calles, o no digamos estando en casa, con la familia o con quien sea), la diferencia entre eso y el llegar, la necesidad de llegar, como si el viaje consistiera exclusivamente en la llegada, de tal forma que entonces cuánto más se acorte el viaje más hemos progresado y más hemos hecho por la Humanidad. Esta es la gran mentira y esta es la oposición; por eso tenéis que guardaros mucho de cuando los poderes, incluso como José Ramón ha recordado, se acuerdan del tren; cómo siguen, sin embargo, manteniendo este criterio como único: el de llegar.

La gente no les ha dicho eso, no les ha dicho nunca, que lo que les importaba era llegar, la gente que sé yo, querían viajar de la manera más agradable, más cómoda y todo lo demás, pero que tuvieran esa prisa por llegar, que tuvieran esa prisa por estar en París en 5 horas, eso ¿cuándo se lo ha dicho la gente? Eso se lo habrá dicho alguno de los Ejecutivos creados por el propio Régimen para que se lo diga, pero la gente, la gente de ninguna manera ¿no?. "La llegada mata el viaje" dice el sentido común por lo bajo; el viaje debería ser un seguir viviendo con los alicientes de la relativa novedad y ruptura con los hábitos. El llegar, como dice D. Antonio Machado en sus versos: "Londres, Madrid, Ponferrada, tan lindos para alejarse; lo peor es la llegada". Lo peor es la llegada efectivamente, porque la llegada es el Futuro y, como más de una vez me habréis oído decir hablando a vuestro sentido común, no hay más Futuro que la muerte; el Futuro es la muerte; por eso el Futuro es lo que el Poder maneja, el Estado y el Capital tienen por función la administración de la muerte y por tanto maneja el Futuro como su arma principal. El Futuro es de Ellos. Nunca en esta polémica, en esta guerra, por el Vía de la Plata o en otra, os dejéis engañar por las cuestiones de futuro, por ejemplo, el futuro o el futurito de Zamora, que son las cosas que los políticos suelen manejar. No: el Futuro es de Ellos: lo nuestro lo de acá abajo, lo de la gente, es otra cosa, que no es precisamente el Futuro. En esta contraposición, entre ir viviendo en un tren y tratar de llegar en un bólido, tenéis representado de la manera más precisa, como un símbolo, eso que os estoy diciendo más en abstracto.

La tercera diferencia, es la diferencia entre coger, atrapar o pillar un medio que te pasa casi por delante de la puerta, según pasa, o tenerlo, poseerlo. Si vuestro sentido común no se da cuenta de que efectivamente aquí es una cuestión de vida en un

lado y muerte en el otro, entonces no estamos haciendo nada y no estamos en esta guerra de verdad.

Coger un tren, un tranvía, un metro, una cosita de transporte común que te pasa cerca o a pocos pasos de la casa, y cogerlo a las horas del tren, a las horas de ellos, que pueden ser lo más frecuentes posibles, naturalmente, pero en todo caso a las horas de ellos, y cogerlo según pasa y dejarlo cuando lleguéis al sitio adonde queréis ir y desprenderos de él completamente: "Ahí, ahí te vas burro, ahí te olvidado, y tú sigue haciendo lo que sea".

Pues comparad esto con lo de tener que tenerlo, como seguramente a la mayoría de vosotros os han hecho tener que tenerlo, comprar uno o progresando el Progreso, comprar uno para él y otro para la señora, y comprar otro para el niño, para la niña y todas esas cosas: tenerlo. Cualquiera poseedor de auto, si en lugar de hablar con la boquita de arriba, deja hablar al sentido común sabe lo que se ha comprado: se ha comprado una esclavitud, un entretenimiento, algo que le exige una dedicación, un tiempo que seguramente, si no tuviera que tener el auto, podía dedicarse a cosas ya casi inimaginables, no sólo en la acción, sino en el habla: ¡cuánto en un bar, en la casa, en cualquier sitio, cuánto hay que hablar, de cómo me pararon y de la multa que me echaron, si me tiene cuenta comprar este modelo o el otro! Pero, diablos, ¿se puede matar la palabra de esa manera?, ¿se puede condenar a la gente a pasar la mitad del tiempo hablando acerca del automóvil, el ajeno y el propio o futuro, para dejar que la otra mitad se llene hablando de deportes o hablando de compras las señoras?, ¿se puede matar así la palabra?.

Aquí lo que nos importa es que, si en buena parte está también condenada, eso es a consecuencia de tenerlo: eso es la posesión, eso es lo que se contrapone al uso, a eso de pillarlo según pasa, pillar un medio de transporte común según pasa, sea cual sea; y ya el otro día tuve que advertiros que esto no sólo se refiere a viajeros, sino a las mercancías; os recordé aquellas viejas fábricas que tenían su plataforma dispuesta para recibir en un ramal de vía férrea cualesquiera carga que se les echara, y lanzarla para que después fuera y siguiera corriendo por las líneas grandes. Si se le hubiera dejado, si se le dejara, el ferrocarril llega a cualquier sitio, pasa bastante cerca de cualquier puerta, y puede circular con toda la frecuencia apetecible. Es simplemente cuestión de dejarlo: en el invento está, en el invento están todas las posibilidades. No se le ha dejado porque había que vender autos. Pues a eso paso ahora.

Frente a todo esto que os cuento y más que os podría contar y que vuestro sentido común os dice por lo bajo, frente a eso no hay más que una cosa: hay la ilusión de la Voluntad Personal. Eso es lo esencial de la propaganda del Automóvil, la ilusión de la Voluntad Personal. "Es que así puede ir Vd. adónde quiera, a las horas que quiera"; y entonces, efectivamente, va Vd. adonde quiera a las horas que quiera, pero basta colocarse en Madrid en cualquier semáforo y ver cuál es el resultado de eso, que todos van más o menos a los mismos sitios y a las mismas horas, sólo que cada uno en virtud de su propia voluntad personal, es decir, siendo lo propio que la palabra ominosamente dice, Automóvil, siendo uno que se mueve a sí mismo, siendo un automóvil, o un ocupante de automóvil, que no hay mucha diferencia, porque el conductor, con esa cara que suelen poner los conductores cuando se ponen al volante de creer que van algún sitio, no es más que un implemento del automóvil, que, gracias a que no se ha perfeccionado todavía el chisme pues todavía hace falta un tipo de carne y hueso, pero, vamos que muy bien podría prescindirse de él, y que siguieran siendo automóviles, moviéndose en virtud de la Voluntad Personal de cada uno .

Pues esto, con las ilusiones consiguientes de ¡con este modelo tanta potencia!, ¡con este modelo tanta velocidad!, para que después se pasee uno por cualquier sitio y vea cuales son las velocidades y para que servía la potencia, con eso es con todo lo que se han arreglado para engañaros y para seguirus engañando, para imponer un medio de transporte fracasado, inútil como es el automóvil, y como consecuencia, autobuses, autocares y camionazos, imponerlo sobre los medios de transporte verdaderamente útiles. Alguno de vosotros a lo mejor, se estrañe un poco de que yo diga que la voluntad personal es una ilusión: pues, si no entendéis que la Voluntad Personal es una ilusión, entonces tampoco podréis entrar nunca en una guerra de la gente (no de las personas: de la gente, del pueblo) contra el Poder.

Fijaos que en el Régimen que hoy padecemos precisamente es esa voluntad, hasta libertad personal lo que rige todos los manejos del Poder: la democracia desarrollada está fundada justamente en esa ilusión, cada uno sabe qué quiere, adónde va, qué compra, qué le gusta; entonces apoyándose en eso, ya veis los manejos. Se cuenta con que la mayoría es, como tiene que ser, necesariamente idiota, y que todos van a querer lo que está mandado que quieran; y entonces pues todos tan conformes y así el Régimen se mantiene tan potente, como lo padecéis conmigo todos los días.

Esa es la única cosa que el Automóvil puede contraponer a eso. Quiero volver a plantearos esta guerra con toda la amplitud que tiene. No quiero daros esperanzas, pero sí, ante este espectáculo que os he recordado, hasta ver en esta sangrienta imposición de medios de transporte inútiles y fracasados, contra medios útiles de verdad, lo que en esta guerra se encierra de guerra entre gente y masa de personas, entre vida y administración de muerte, una cierta confianza para continuar en la guerra. Hasta, si creyéramos en los recuerdos, en la Historia, podríamos costatar que, a la larga o aunque sea muy a la larga, el sentido común acaba siempre venciendo; es decir que el Poder se arregla para imponer ilusiones y mentiras y someter así al pueblo o a los pueblos a ellas, durante tiempo, siglos, decenios, se mantienen imperios, se puede levantar a lo largo de varias generaciones de faraones las pirámides de Egipto, se puede sin necesidad de llegar a tanto tiempo levantar los rascacielos, levantar los horrendos bloques de nichos contra los que este miércoles mismo me voy a lanzar también en ese articulito que suelo sacar en La Razón, se pueden imponer esas cosas, y pueden durar, una dictadura puede durar, un Régimen como este Régimen del Bienestar puede durar lo que se quiera; no, seguramente tanto como el régimen de los faraones egipcios, ni siquiera como el Imperio Romano, tal vez no, pero en todo caso puede durar mucho. Y, sin embargo, nos es dado observar que frente a esos imperios, a esa imposición de las ideas el sentido común al que estoy aludiendo y al que estoy en vosotros llamando por debajo de las personas, el sentido común acaba venciendo siempre, acaba derribando las ilusiones de los imperios y volviendo a los caminos que eran de verdad útiles, necesitados para la gente.

Y así es de suponer que el Imperio del Automóvil sea no menos efímero que cualquier otro. Está fracasando desde hace muchos años: llevamos un siglo desde que el señor Ford empezó a fabricarlos en cadena; a lo largo de este siglo han demostrado ya bien, en la urbe y otros sitios, su incapacidad, su impotencia, su inoportunidad; puede tardar mucho más, en acabar de derrumbarse, es decir, en que el Capital empiece por lo menos aunque sea tímidamente, a desviarse de su movimiento, aprovechando el ferrocarril para su movimiento, aprovechando otras cosas, como esas pequeñas incursiones hacia el tren, que José Ramón os ha contado, con motivo de la Alta Velocidad, con los Cercanías y demás; puede tardar mucho en derrumbarse, pero no cabe duda: se derrumba: el sentido común, el pueblo, no muere: los que mueren son perso-

nas, y por tanto los estados; éstos son los que mueren, y por eso se dedican a la administración de muerte, pero la gente indefinida, la gente que no es personas, ésta no muere nunca; por tanto, no tiene prisa, no tiene prisa: caerá cuando caiga. De forma que en esta guerra, aunque efectivamente estáis, estamos, oponiéndonos tan cerradamente a los tiempos, (¿qué otra guerra o rebelión merece la pena sino una que se contrapona a los tiempos, que va contra los tiempos?), aunque estáis contra ellos, también en otro sentido, estáis empujados, alentados, por un tiempo más verdadero en otro sentido, un tiempo que no se cuenta como el tiempo de ellos.

Os podría incluso, ya que son algunos de los de Zamora los que nos han traído a esta sesión, os podría contar un cuento, un mito del revés; deciros: fijaos qué bien estaría que llegaría un día, dentro de unos pocos cientos o miles de años, en que alguien dijera: "ya ven ustedes, en el momento en que todavía el Imperio del Automóvil estaba en todo su auge y seguía siendo el favorito de estados y de bancos y de empresas y de capitales, en un rinconcito allá perdido a las orillas del río Duero, una poca gente empezó a darse cuenta de que eso no podía ser, por lo imponente que fuera, y con motivo de la reapertura de una vía férrea cerrada por el Poder años antes, empezó a dar uno de los primeros pasos para el derrumbamiento del Imperio del Automóvil", etc, etc. Os puedo contar este cuento, pero con prevenciones, claro: porque os he dicho que el Futuro es de Ellos, y os lo vuelvo a decir. Si entendéis eso como una especie de profecía o de futuro está mal: lo digo porque es simplemente verdad; no hace falta que sea un cuento: es así.

El sentido común no acaba de morir nunca, está siempre por debajo y puede manifestarse aquí, como en cualquier otro sitio. Las cosas no requieren tener ideales, metas a las que aspirar; el cuento que os he contado no es un ideal, no es una meta: es algo que toca a lo más inmediato. Eso de proyectos, planes, ideales, metas que alcanzar eso es todo de Ellos, eso es todo lo que hacen los administradores de muerte, el Capital y el Poder; por acá abajo la gente no podemos seguir el mismo procedimiento.

De manera que era un cuento para daros confianza, pero no un cuento de ningún futuro. Recordad que aunque sea una cosa tan pequeña como guerrear por la reapertura del Vía de la Plata en contra de los tiempos, eso quiere decir que se está haciendo por amor de la verdad, o, para no ser presuntuosos, por odio de la mentira, que es la verdad que nos cabe.